

Enrique Molina

Platón



pocos como a Platón conviene la definición que se ha dado de grande hombre diciendo que es «muchos hombres en uno». El poeta en él es por lo menos igual al pensador. Y en éste las aptitudes al parecer más contradictorias se contrapesan: por una parte la facultad de construir un imponente edificio intelectual; por otra la crítica penetrante que no cesa de atacar el edificio mismo y de mirarlo. Somete a un análisis infatigable su propio pensamiento y el de los demás. Platón ha sido de esta suerte ya constructivo ya analítico. Ha sido además indudablemente místico y no ha dejado de ser escéptico.

Platón nació en la isla de Egina, según los datos más probables en la primavera del año 427. Por su padre Aristón pretendía hallarse emparentado con Códoro, rey del Atica, y por su madre Perictione pertene-

cía a la familia de Solón. En sus diálogos consagra más de un recuerdo a su tío materno Carmides, y, sobre todo, al primo de su madre, Cricias. Ambos fueron personajes de mucha significación en el partido aristocrático, destacadamente el último que, como sabemos, fué el principal caudillo del gobierno oligárquico de los Treinta Tiranos.

Antes de seguir las lecciones de Sócrates, había sido nuestro filósofo discípulo de Cratilo, cuyo nombre ha inmortalizado en uno de sus diálogos. Cratilo era de tendencias heraclitanas que no dejaron de ejercer cierta influencia sobre el joven discípulo.

Es posible que Platón haya servido como soldado y poco probable es que el sobrino de Cricias y de Carmides no haya tomado alguna parte en las atormentadas luchas políticas de su patria.

Después de la caída de sus parientes y de la muerte de Sócrates, Platón se dedicó a viajar. Pasó como una docena de años ausente de su patria y estuvo en el Egipto, en Cirene, en la Italia Meridional y Sicilia. La antigua civilización del gran pueblo egipcio, «una ciencia vieja como el mundo», hizo una profunda impresión en él. «Vosotros griegos sois unos niños», dice un sacerdote egipcio a Solón en el Timeo.

Nuestro filósofo se quedó largo tiempo en Heliópolis, sede primitiva de la religión egipcia y de la sabiduría sacerdotal. Aun a principios de nuestra era, le pudieron mostrar al geógrafo Estrabón las habitaciones que ocupara el ilustre ateniense. Heliópolis estaba cerca

de las ruinas de Menfis, a la entrada del delta, y, comparada con las grandes capitales, era como una apacible pequeña ciudad universitaria. Entre otras cosas, Platón ha estudiado las matemáticas, la organización social y las creencias religiosas de los egipcios y ha sabido aprovechar sus viejos observatorios astronómicos.

Una corta travesía condujo al viajero desde las bocas del Nilo a las vecinas riberas de Cirene. Aquí permaneció también algún tiempo y cultivó relaciones con Teodoro, matemático eminente, versado en la astronomía y en la música.

Después pasó Platón a la Italia Meridional, movido seguramente por el deseo de continuar en la tierra de los pitagóricos sus estudios de matemáticas. De la secta no quedaban restos sino en Tarento, la ciudad más importante entonces de la región, y en ella residió principalmente nuestro filósofo. En este lugar trabó amistad con Arquitas de Tarento, célebre político, hombre de ciencia y artista. En la personalidad del ilustre tarentino, encontró Platón reunidas dos cosas, cuya armonía durable y general formaba uno de los votos más ardientes de su corazón: el poder político y la inteligencia científica.

Por último, fué la mansión del filósofo Siracusa, la principal ciudad de Sicilia y una gran metrópoli llena de atractivos. En la corte donde reinaba Dionisio I el Antiguo, lo introdujo Dion, cuñado y yerno del tirano, y cuyas dotes políticas y morales hicieron concebir a Platón muchas esperanzas.

Dionisio no veía con buenos ojos la influencia que el pensador ateniense ejercía sobre el talentoso Dion. Debiendo Platón salir de Siracusa al mismo tiempo que Polis, embajador de Esparta, Dionisio le pidió a éste que lo librara para siempre del inquietante filósofo. Es de considerar la aparente desapreñción con que un embajador recibió semejante encargo. Pero Polis no se atrevió más que a dejar a Platón abandonado en la isla de Egina. Por lo demás, era ésta una merced no exenta de peligros. Egina se hallaba en ese tiempo en guerra con Atenas y había orden de dar muerte o reducir a la esclavitud a todo ciudadano de Atenas que llegara a la isla. Se refiere que probablemente se libró Platón de la muerte por haber nacido en Egina; pero, no así de ser expuesto en el mercado de esclavos. Romancescamente se agrega que un rico ciudadano de Cirene, Anikeris, que había conocido al filósofo durante su mansión en su ciudad natal, lo rescató y lo dejó libre fuera de la isla.

De vuelta en Atenas, Platón funda su célebre escuela en el gimnasio y los jardines de Academo. De todo el mundo griego acudieron jóvenes a ella. Los poetas cómicos solían burlarse de los alumnos de la Academia por la distinción y compostura afectadas que gastaban, en lo que había tal vez el propósito de establecer un marcado contraste con el descuido bohemio y quien sabe si con la mugre de los cínicos, la escuela rival.

Hablemos desde luego del segundo y tercer viaje de Platón a Siracusa.

Nuestro filósofo no quiso mantenerse siempre en el terreno de la especulación intelectual. En su deseo ardiente de regenerar el mundo, ha creído poder hacer algo mejor que escribir y enseñar. Dos veces tentó intervenir en la política activa y sus ensayos no fueron coronados por el éxito. El gran fracaso que experimentó, acompañado del terrible drama, cuyo desenlace fué la muerte de un discípulo y amigo de los más queridos, ha debido ensombrecer el ocaso de la vida del filósofo.

El trono de Siracusa estaba acupado ahora por Dionisio II, llamado también el Joven. Su consejero íntimo, ligado a él por un triple lazo de parentesco, era Dion, el inteligente príncipe que veinte años antes había estado en relaciones amistosas con Platón y había recibido de éste impresiones imborrables. Dion fué quien indujo al joven monarca a invitar a su corte al filósofo que se hallaba entonces en la plenitud de sus facultades y en el apogeo de la gloria. Platón fué acogido con muestras de la más alta deferencia; y en la corte siracusana, siguiendo el ejemplo del soberano, los palaciegos se dedicaron al cultivo de las matemáticas y de la filosofía.

Pero el viejo partido conservador espiaba suspicazmente todos los pasos de Dion. Se encontró un pretexto para acusarlo en unas cartas dirigidas por el príncipe a generales cartagineses con el objeto de llegar a un tratado de paz. A espíritus prevenidos no les fué difícil ver en ellas un indicio de traición. No costó mucho tampoco persuadir a un príncipe receloso de que

el llamado de Platón se relacionaba con el propósito sustentado por Dion de derribarlo del trono y ocuparlo en su lugar.

El odio tan celosamente atizado estalló de una manera terrible y puso fin al entremés filosófico que se estaba representando en el palacio de Siracusa. Dion fué desterrado y Platón recibió la indicación de salir también del país, envuelta en la cortesana invitación de volver más tarde. El filósofo contestó que volvería cuando regresara su amigo Dion.

Volvió, sin embargo, sólo animado por la esperanza de facilitar la vuelta de Dion; pero, al contrario, la discordia a que pensaba poner término, se agravó. Dionisio confiscó la fortuna de Dion; nuestro filósofo desilusionado, reconoció lo inútil de sus esfuerzos y no pensó sino en regresar a Grecia. Antes de entrar a Atenas pasó unos días memorables con Dion en los juegos olímpicos del año 360.

Exasperado Dion por las persecuciones de que era objeto de parte de Dionisio, se levantó en armas contra él. Con un pequeño cuerpo de mercenarios, principalmente peloponesios, lo atacó y lo venció (356-355). Dion ocupó el trono dejado vacante, pero sólo por un año. Fué asesinado por Calipos, miserable que lo había acompañado en su aventura contra Dionisio y que, por una crueldad del destino, era miembro de la Academia.

Platón falleció en Atenas a los 81 años de edad, cuando estaba dando término a su obra póstuma «Las Leyes».

• • •

La humanidad ha tenido la suerte de que las obras de Platón se conservaran totalmente. Mucho se ha discutido, en especial en el siglo pasado, sobre la autenticidad de gran número de ellas. Platón escribió durante el largo transcurso de 50 años y es natural que aparezcan en sus obras algunas contradicciones. En la Apología de Sócrates se señala a Aristófanes como culpable de la acusación y muerte del maestro. En el Banquete se le presenta dialogando a su lado sobre el amor. Estas actitudes al parecer contradictorias no bastarían, sin embargo, para impugnar la autenticidad de ninguno de los dos diálogos. Los proyectos de reforma social y política son distintos en la República y en las Leyes, pero esta diferencia se explica, naturalmente, por la evolución misma del pensamiento del filósofo, sin que sea menester borrar ¡qué herejía! ninguna de las dos obras de la lista de sus creaciones.

Ha habido acuerdo entre la mayoría de los críticos para considerar apócrifos los diálogos titulados Teages, Minos y Clitofón. Es igualmente desfavorable el juicio de los helenistas respecto del llamado Primer Alcibiades y, con muy pocas excepciones, también lo es para el gran Hippias y Yon.

A los diálogos mencionados en el capítulo anterior, que se refieren directamente a la vida de Sócrates⁽¹⁾.

(1) Apología de Sócrates, Critón, Fedón.

podemos agregar los titulados *Hipias Menor*, *Lakes*, *Carmides*, *Protágoras*, *Gorgias* y *Eutifrón*, formando con ellos un grupo cronológico del primer período platónico.

A la época de la madurez, calificativo que no resta mérito a los anteriores, corresponden la *República*, el *Banquete*, el *Fedro*, el *Menón*, el *Theetete*, el *Parménides* y el *Cratilo*.

Por último, son del postrer período el *Sofista*, el *Político*, el *Timeo*, el *Cricias*, el *Filebo* y las *Leyes*.

• • •

En todas las obras del gran filósofo campea la preocupación moral. En primer lugar, el afán de la justicia. Esta es objeto de una investigación continua y de una sostenida y calurosa defensa. Luego encontramos las virtudes que integran la *sófrósine*, el amor, la belleza y todos los valores morales, coronado el conjunto por la idea suprema del Bien, que no se debe entender como una concepción exclusivamente moral. Al Bien Supremo lo enaltece un sentido metafísico, ontológico, divino. Platón lo identifica a veces con Dios mismo.

La filosofía platónica, significa en líneas generales, la vasta construcción de un universo de naturaleza dual. Por un lado, está el mundo de las ideas y conceptos que son esencias reales, existentes por sí mismas, absolutas y eternas. Tales son, a manera de ejemplos, las

ideas del bien, de lo justo, de lo bello y de lo bueno. Por el otro, el mundo de las sombras, de las imágenes, de la materia contingente y sujeta a cambios. Aquélla es la región divina de la verdad, de la inteligencia y de las almas puras o depuradas. Esta es la mansión terrena de las apariencias, de los sentidos y de las pasiones que engañan y extravían. Aquélla ofrece modelos, ésta presenta copias imperfectas. Quién no logra penetrar en el mundo de las ideas vive siempre como un alucinado en medio de fantasmas y tinieblas.

Cuales sean las relaciones del hombre con estos dos mundos, las explica en gran parte la célebre alegoría de la caverna. Supone el filósofo a los hombres encerrados en una morada subterránea, cavernosa, que da entrada a la luz en toda su extensión. Allí los hombres tienen desde su infancia las piernas y los brazos encadenados de tal modo que permanecen inmóviles y no pueden ver sino los objetos que tienen delante. Las cadenas les impiden volver la cabeza. Detrás de ellos, a cierta distancia y a cierta altura, hay una llama, cuya luz les alumbrá. Entre la luz y los cautivos pasan seres y objetos de todas clases. De ellos mismos y de los objetos que pasan a su lado los cautivos no pueden ver más que las sombras que se proyectan sobre el lado de la caverna expuesto a sus miradas. Este mundo de sombras es para ellos la sola realidad. Si se desata a uno de los cautivos, de manera que pueda volver la cabeza y mirar la luz experimentará un gran dolor y, haciéndole marchar hacia ella su deslumbramiento será en un

principio insoportable. Pero, poco a poco, se irá habituando su ojo a la vista del mundo superior. Si este cautivo emancipado vuelve algún día a la caverna e invita a salir de ella a sus antiguos compañeros, ¡pobre de él!: lo escarnecerán y, si pueden, lo matarán.

«El antro subterráneo es este mundo visible en que vivimos; la llama que lo alumbra es la luz del sol; el cautivo que asciende a la región superior y la contempla, es el alma que ha sabido elevarse hasta el mundo inteligible. En los últimos límites de este mundo se encuentra la idea del Bien, que uno percibe con dificultad, pero que no puede contemplarse sin llegar a la conclusión de que ella es la causa universal de cuanto existe de justo, de bello y de bueno; de que en el mundo visible ella crea la luz y el astro que la emite y de que en el invisible dispone de la inteligencia y de la verdad. Es preciso, pues, tener fijos los ojos en ella, a fin de obrar con prudencia en los asuntos públicos y en los privados».

Para formarnos una moción clara de la idea del Bien, los escritos platónicos no nos ofrecen más que dos caminos: los símiles de que es objeto y las virtudes creadoras que se le suponen, que hacen de ella un verdadero dios.

Lo que el sol es en el orden visible respecto de la vista y sus objetos, lo es el Bien en la esfera inteligente respecto del entendimiento y sus objetos. El sol da a a las cosas visibles no sólo la posibilidad de ser vistas, sino también vida, nutrición y desarrollo sin ser él mis-

mo ninguna de estas cosas. Así los seres inteligibles no reciben del Bien únicamente su inteligibilidad, sino también su ser y su esencia, siendo en todo caso el Bien mismo algo muy distinto y superior a ellos.

Sobrepujando lo recién dicho, Platón nos presenta asimismo a la idea del Bien como causa suprema de toda existencia y toda ciencia a la vez, nos la presenta como Dios. Ella ha creado dos mundos, tomando al uno por modelo del otro. Contiene el primero las esencias inmutables que sirven de paradigma a cuanto existe en el segundo. Los seres de este último, de condición material, no son verdaderos seres, porque se hallan sujetos a la degeneración y a la corrupción. La categoría de Ser no conviene, propiamente hablando, sino a las ideas o esencias. Estas son de dos clases: unas puras, en las cuales el concepto está libre de toda mezcla de imagen, como las ideas de lo justo, de lo bello, de lo bueno; otras mixtas, en cuyo concepto entra necesariamente una imagen, como ocurre con las ideas de triángulo, círculo, etc. Hay también dos órdenes de seres materiales: los cuerpos y las imágenes o sombras de los cuerpos.

A estas cuatro categorías de objetos corresponden cuatro órdenes de conocimientos, a saber: el de la inteligencia o percepción de las ideas puras; el conocimiento razonado o de las ideas mixtas; el de la fe o conocimiento de los cuerpos y de todo lo que les pertenece; y el de la conjetura que es el conocimiento de las imágenes o sombras de los cuerpos. Los dos primeros ór-

denes quedan comprendidos, dentro de la terminología platónica, bajo el nombre de ciencia; los dos últimos, bajo el de opinión.

Los que han sido capaces de ascender a la región de las ideas debèn volver después a la caverna de sus conciudadanos. «Acostumbrad de nuevo vuestros ojos, les dice el filósofo, a las tinieblas que allí reinan y una vez que os hayáis familiarizado con la obscuridad, veréis en ella mejor, mil veces mejor que sus moradores. Habiendo contemplado ya en la mansión superior lo bello, lo justo y el Bien mismo, penetraréis completamente la naturaleza de los fantasmas que allí circulan. De esta suerte el gobierno del Estado será para vosotros y para nosotros una realidad y no un sueño, como ocurre en la mayoría de otros Estados, en que los caudillos riñen por sombras vanas y se disputan encarnizados la autoridad, como si fuese un gran bien. El gobierno es excelente y reina perfecta concordia donde los que deben dirigir no muestran ningún afán por su propia elevación, y ocurre lo contrario cuando se persigue el mando por medio de la conjuración o de la intriga». (1)

La elevación del alma de las tinieblas de la caverna a la luz del Ser supone una larga educación, que es indispensable a los que van a ejercer las funciones de guardianes o directores del Estado.

Fuera de la gimnástica y de la música, que son como las dos piernas del organismo educacional griego,

(1) La República. Libro VII.

integran principalmente el plan educativo de los futuros guardianes la ciencia de los números y el cálculo, la geometría y la astronomía. Las obras de los poetas, principalmente las de Homero y Hesíodo, estaban proscritas de esta educación. Platón las condena con palabras de fuego. Los miembros de la clase superior son iniciados en su educación específica entre los 16 y los 18 años de edad. Después de una instrucción militar de dos años se opera una primera selección. Los jóvenes destinados a más altos cargos reciben ahora durante diez años una cultura algo semejante a nuestra enseñanza superior. Cuando los candidatos tienen más o menos treinta años se verifica una segunda selección. Los jóvenes que hayan manifestado disposiciones para la dialéctica se dedican a ella durante cinco años.

El uso del método dialéctico significa la coronación del perfeccionamiento del alma. «Por la dialéctica, sin ninguna intervención de los sentidos, gracias a la sola razón, se elevará el alma a la esencia de las cosas y continuará sus investigaciones hasta que su pensamiento se apodere de lo que es en sí el Bien. Quien tal haga llegará al término del orden inteligible, como llega al término del orden visible el que ve el sol».

Los escogidos que se consagran a la dialéctica desempeñan magistraturas hasta los cincuenta años. A esta edad, sólo a esta edad, alcanzan la última y suprema etapa de la filosofía. El resto de su vida deben dedicarlo particularmente a la contemplación filosófica y subsidiariamente, tanto más calificados para gobernar

cuanto que no lo ambicionan, entran a tomar parte en la dirección suprema del Estado.

• • •

La construcción platónica que acabamos de esbozar es imponente y magnífica. La fuerza creadora del autor se manifiesta inmensa. El poeta supera tal vez al filósofo; pero el edificio está afirmado sólo sobre la visión de su creador.

El método llamado dialéctico no se halla desarrollado con ningún detalle en forma que conduzca a la certidumbre. ¿Lo entenderemos como una especie de intuición?

En mi entender, la ciencia que Platón denomina de lo invisible, o sea, la contemplación de las esencias, tiene que conducirnos a buscar lo bueno, lo justo, lo bello, el bien; en nosotros mismos, en nuestra conciencia. Entiéndase bien que se trata de ideas y no de la aplicación de ellas. Porque si no las buscamos en nuestra conciencia ¿dónde las buscaremos? Querer encontrarlas fuera de nosotros es como asignarles un lugar en el espacio y las esencias nos parecen reñidas con el espacio.

Es curioso, además, que de Platón acá, la apreciación del valor de los conocimientos haya experimentado un viraje total. Lo que él ha llamado ciencia no es estimado hoy en día sino como opinión o creencia, y la ciencia nuestra se ocupa de las materias que él, despec

tivamente, colocaba sólo en la posibilidad de dar lugar a opiniones.

* * *

Ya que conducidos por el filósofo-poeta nos ha sido dado subir al cielo de las entidades esenciales, entremos a conocer desde luego los giros y peripecias que él imagina para las almas en su vida de ultratumba y en sus caídas a la tierra. El fantástico y hermoso relato lo pone Sócrates, que es el que habla, en boca de un armenio llamado Er, que había vuelto de! otro mundo (1).

Había muerto Er en una batalla, y diez días después, al recoger los cadáveres, ya desfigurados, se le encontró intacto. Se le trasladó a su casa para celebrarle funerales, y al décimo día, cuando se le había colocado en la pira, resucitó y refirió lo que había visto. «Tan pronto como mi alma—dijo—salió de mi cuerpo, me puse en marcha con una multitud de almas y llegué con ellas a un lugar maravilloso. Se veían allí dos aberturas en la tierra, próximas la una a la otra, y otras dos en el cielo correspondientes a éstas. En esas aberturas ocupan asiento los jueces. Una vez pronunciado su fallo, se ordenaba a los justos que tomasen su camino hacia la derecha, por una de las aberturas del cielo después de haberles atado por delante una inscripción que contenía, en grandes caracteres, el fallo

(1) República. Libro X.

dictado a su favor. A los malos se les ordenó tomar la vía de la izquierda, por una de las aberturas de la tierra, y se les puso en la espalda un escrito semejante en el cual estaban señalados todos sus actos. Cuando me presenté dijeron los jueces que era necesario que fuese yo el portador, cerca de los hombres, de la noticia de lo que pasaba en los infiernos, y me ordenaron que escuchara y observara todas las cosas de que iba a ser testigo en ese sitio.

En primer lugar vi las almas de los que habían sido juzgados, subir unas al cielo y descender otras a la tierra, por las dos aberturas correspondientes; en tanto que, por la otra abertura de la tierra, vi salir almas cubiertas de impurezas y de polvo, a la vez que por una de las puertas del cielo descendían otras puras y sin mancha. Parecían venir todas de un largo viaje, y se sentaban en la pradera, como si fuese aquel un punto de reunión.

Las que se conocían se saludaban y pedían noticias de los lugares de su procedencia: el cielo y la tierra. Relataban unas sus aventuras, con gemidos y lágrimas que les arrancaba el recuerdo de los padecimientos que habían sufrido o habían visto sufrir a otras durante su peregrinación sobre la tierra, cuya duración era de mil años. Las que volvían del cielo hacían la relación de los placeres de que habían disfrutado y de las cosas maravillosas que habían visto.

Las almas eran castigadas diez veces por cada una de las injusticias que hubiesen cometido durante la vi-

da y la duración de cada castigo era de cien años. Aquéllos que se han manchado con la comisión de varios asesinatos, que han hecho traición a los Estados y a los ejércitos, les han sometido a la esclavitud, o se han hecho culpables de cualquier otro crimen semejante, son atormentados diez veces por cada uno de sus crímenes. Por el contrario, aquellos que han hecho el bien a los hombres, los que han sido justos y virtuosos, reciben en la misma proporción la recompensa de sus buenas acciones. Había además, según su relato, recompensas mayores para aquéllos que hubiesen honrado a los dioses y respetado a sus padres; y suplicios extraordinarios para los impíos, los parricidas y los homicidas que hubiesen causado la muerte con sus propias manos.

—Me hallaba presente—agrega—cuando un alma preguntó a otra en dónde se encontraba el grande Ardié. Este había sido tirano de una ciudad de Pamfilia mil años atrás. Había dado muerte a su anciano padre, a su hermano mayor, y había cometido, según se decía, muchos otros crímenes horribles.

—El no viene, repuso el alma, no vendrá jamás. Todos hemos presenciado, a su respecto, el espectáculo más aterrador. Cuando estábamos a punto de salir del abismo subterráneo, después de haber cumplido el término señalado a nuestras culpas, vimos de pronto a Ardié y a otros muchos entre los cuales la mayor parte habían sido tiranos como él. También había entre ellos algunos particulares, que en su carácter privado habían cometido grandes crímenes. En el momento en que se

preparaban a salir, la abertura les rechazó, y todas las veces que alguno de esos miserables, para cuyos crímenes no hay expiación posible, o que no habían sido suficientemente expiados todavía, intentaba salir, la abertura lanzaba una especie de gemido. Unos cuantos hombres horribles que estaban allí cerca y que parecían hechos de fuego, acudían al oír el gemido. Esos hombres rechazaron a viva fuerza a algunos de aquéllos criminales; y a Ardié y a los otros les ataron los pies, las manos y el cuello, y, después de haberles arrancado la piel, los arrojaron sobre espinos fuera de la vía, explicando a las sombras que encontraban la razón de ese acto, que no era otra que los crímenes de dichos culpables y agregando que luego los precipitarían al Tártaro.

Decía también aquella alma que entre los temores de toda especie que las habían asaltado durante el viaje, ninguno podía compararse al de que la abertura dejara oír su gemido al tiempo de salir de ellas y que habían experimentado un placer sin igual al salir sin que se hubiera dejado oír.

He aquí lo que ocurrió seguidamente en cuanto a ulterior destino de las almas. Luego que éstas pasaron siete días en aquella pradera, se las obligó a salir de allí el octavo día y a dirigirse, en cuatro días de marcha, hacia un lugar en donde se veía una luz (la vía láctea) que atravesaba toda la superficie de la tierra y del cielo, recta como una columna y semejante a Iris, pero más resplandeciente y más pura. Las almas llega-

ron a esa luz después de otro día de viaje. Allí vieron que las extremidades del cielo terminaban en el centro de aquella banda luminosa, que les servía de guía, y que abrazaba toda la circunferencia del firmamento, semejante a aquellas piezas de madera que ajustan los flancos de las galeras. Allí donde se juntaban las dos extremidades del firmamento estaba suspendida la rueca de la Necesidad, la cual imprimía su movimiento oscilatorio a las esferas. La rueca giraba toda sobre ella misma con un movimiento uniforme. En torno de ella, y a iguales distancias, se sentaban en sus tronos las tres Parcas, hijas de la Necesidad. Vestidas de blanco, ceñían sus cabezas coronas angostas. Sus nombres eran Laquesis, Clotos y Atropos. Sus voces se unían al cántico de las Sirenas; Laquesis cantaba el pasado, Clotos el presente, y Atropos el porvenir. Tocando a intervalos la rueca con la mano derecha, Clotos la hacía describir la revolución exterior; Atropos, imprimiéndole movimiento con la mano izquierda, ponía en movimiento las pesas interiores, y Laquesis tocaba, alternativamente, con la derecha y con la izquierda, ora la rueca, ora las pesas interiores.

Tan pronto como llegaron las almas, se presentaron delante de Laquesis. Primero un hierofante las hizo formar en orden, una tras otra; en seguida, y después de haber tomado del regazo de Laquesis los destinos y las diferentes condiciones humanas, el hierofante subió a un estrado elevado y habló como sigue:

«He aquí lo que dice la virgen Laquesis, hija de la

Necesidad: almas pasajeras, vais a comenzar una nueva carrera y a entrar de nuevo a un cuerpo mortal. No será un genio el que decidirá vuestra suerte; vosotras mismas lo decidiréis. Aquella a quien la suerte designe escogerá primero su destino, y su elección será irrevocable. La virtud no tiene dueño; ella acompaña a quien la honra y huye de quien la desprecia. Uno es responsable de su elección; Dios es inocente».

Dichas estas palabras, el hierofante lanzó los destinos sobre las almas y cada una tomó el que cayó delante de ella, menos la mía, pues no me estaba permitido. Entonces cada alma conoció el rango dentro del cual podía hacer su elección. En seguida el hierofante colocó delante de ellas unas cuantas etiquetas que indicaban diversos géneros de vida, y en número mucho mayor del número de almas que allí se hallaban reunidas. La variedad era infinita, porque ahí se encontraban todas las clases de vida que pueden llevar los animales y los hombres.

Había allí tiranías que habrían de durar hasta la muerte del individuo que las ejerciese, y otras que habrían de ser interrumpidas y acabarían por la pobreza, el destierro o la indigencia. Veíanse también las diversas condiciones de la vida de los hombres célebres, que lo serían ya por sus ventajas corporales, su belleza, su fuerza y su superioridad en los combates; ya por la nobleza y las grandes cualidades de sus antepasados. Encontrábanse igualmente condiciones obscuras bajo todos estos aspectos. Lo propio ocurría para la elección

de las almas femeninas. Mas no había regla alguna en cuanto al rango de las almas, porque éstas debían cambiar necesariamente de naturaleza según la elección que hiciesen. Por lo demás, las riquezas, la pobreza, la salud, las enfermedades eran distribuídas entre todas las condiciones, ya sin mezcla ninguna, ya en una justa proporción de bienes y de males.

Sócrates interrumpe el relato y dice:

—«Es esta, evidentemente, mi querido Glauco, la prueba temible para la humanidad. También nosotros debemos descuidar todas las otras ciencias a fin de buscar y de adquirir la que nos lleve a descubrir y conocer al hombre; aquella ciencia cuyas lecciones nos pongan en situación de poder discernir entre las condiciones felices y desgraciadas a fin de escoger siempre la mejor, pesando en nuestro espíritu las verdades que hemos venido estudiando, las relaciones y las distinciones que hemos establecido en lo que respecta e interesa a la moralidad de la vida, con el fin de saber qué grado de belleza y cuál de riqueza o de pobreza — dada una cierta disposición de alma — tienden a hacer al hombre perverso o virtuoso; para averiguar qué efecto — bueno o malo — han de producir el nacimiento ilustre u obscuro, las dignidades, la fuerza y la debilidad del cuerpo, la facilidad y la dificultad para aprender; para conocer, en una palabra, las diferentes cualidades, naturales o adquiridas, que mezcladas las unas a las otras, han de conducirnos a un género de vida funesto o ventajoso, entendiéndolo por funesto aquel que tienda

a hacer más injusta el alma, y por ventajoso el que la torne más virtuosa. Tal es el mejor partido, tanto para la vida actual como para la futura, y en esta actitud debe perseverar cada uno de nosotros hasta la muerte a fin de no dejarse seducir en la otra vida por las riquezas u otras tentaciones engañosas; para no exponerse, apoderándose con avidez del destino de tirano o de algún otro semejante, a cometer un gran número de males sin remedio, y a sufrir mayores calamidades todavía; y para que sepa, en fin, elegir siempre un estado mediano, huyendo igualmente de los dos extremos, ya sea en la vida presente, ya sea en cualquiera de las otras vidas por que haya de pasar. A esto está vinculada la dicha del hombre».

Según el recuerdo del armenio, dijo también el hierofante: «Aquél que sea el último en escoger, siempre que lo haga con discernimiento y luego se muestre firme en su conducta, puede prometerse una vida venturosa y libre de males. Que el primero que escoja no se descuide en su elección, y que el último no desespere».

Luego continuó el armenio: «El alma a quien primero le cayó la suerte de elegir se abalanzó precipitadamente y escogió la mayor de las tiranías sin darse cuenta de la fatalidad que iba unida a su elección. Estaba por su destino condenada a comer la carne de sus propios hijos y a cometer otros tantos crímenes horribles. Inmensa fué su desesperación cuando volvió en sí y vió lo irreparable de su desgracia. Esta alma era de las que venían del cielo; había vivido anteriormente en un Es-

tado bien gobernado, y debía su virtud a la bondad de su carácter y a la fuerza del hábito más que a la filosofía».

Agregaba el armenio que las almas procedentes del cielo se engañaban tanto como las otras, porque no habían sido probadas por los sufrimientos de la vida, y que la mayor parte de las que habían habitado la región subterránea, aquéllas que habían sufrido y visto sufrir, no se precipitaban a escoger.

La experiencia y la falta de ella hacía, pues, que las almas cambiasen una buena por una mala condición, y viceversa. De suerte que un hombre que en cada renovación de su vida terrestre se consagra constantemente a la sana filosofía, y siempre que su turno de elección no le llegue después de los otros, será—según la relación transcrita y según todas las apariencias,—no solamente feliz sobre la tierra, sino también en su viaje de ida y vuelta, y marchará por la vía unida del cielo y no por el penoso sendero del abismo subterráneo.

Decía Er, además, que era un espectáculo curioso ver el modo como las almas hacían su elección; nada más extraño, nada más digno, a la vez, de compasión y de risa. Guiaban a la mayoría los hábitos de la vida precedente. Había visto—decía—el alma que en otro tiempo perteneció a Orfeo elegir la condición de cisne por odio a las mujeres que le habían dado muerte y para no nacer del vientre de ninguna de ellas. Vió el alma de Tamiris escoger el cuerpo de un ruiseñor. Vió también un cisne que adoptó la condición huma-

na, y otras aves canoras que hicieron lo mismo. Otra alma—la que ocupaba el vigésimo lugar—asumió la forma de un león: era el alma de *Ayax*, hijo de *Telamón* que no quería volver a morar en cuerpo humano, porque recordaba el juicio que le había quitado las armas de *Aquiles*. Después de ésta venía el alma de *Agamenón*, la cual por odio al género humano a causa de sus desgracias pasadas, asumió la forma de águila. Llamada hacia la mitad de la ceremonia, el alma de *Atlante*, en consideración a los grandes honores tributados a los atletas, no había podido pasar a otro cuerpo, queriendo ella misma hacerse atleta. El alma del bufón *Tersitos*, que fué de las últimas en presentarse, escogió el cuerpo de un mono. En fin, el alma de *Ulises*, a la cual le cayó la última suerte, se acercó también para escoger; pero recordando sus pasados infortunios y desprovista de toda ambición, buscó mucho tiempo y acabó por descubrir, no sin dificultad, oculta en un rincón, la vida tranquila de un hombre modesto que las otras almas habían despreciado, y dijo que, aunque su turno hubiere sido el primero, no habría hecho otra elección. Las almas pasaban indistintamente de los cuerpos de los animales a los de los hombres y viceversa; las de los hombres perversos a los cuerpos de las bestias feroces; las de los hombres buenos a los cuerpos de animales domésticos.

Después de que todas las almas hubieron escogido su condición, se acercaron a *Laquesis* en el mismo orden en que habían procedido. La *Parca* dió a cada cual el

genio de su preferencia a fin de que le sirviese de guardián en el curso de su vida mortal y le ayudase a cumplir su destino. Dicho genio conducía al alma cerca de Clotos para que con su mano y con una vuelta de la rueca confirmase el destino escogido. Después de haber tocado la rueca, el genio la llevaba a la presencia de Atropos, la Parca que envolvía el hilo, a fin de hacer irrevocable lo que ya había sido hilado por Clotos. En seguida, y cuando ya era imposible retroceder, se adelantaba el alma hacia el trono de la Necesidad, bajo el cual pasaban juntos el alma y su genio. Luego que pasaron todas, se trasladaron a la llanura del Leteo, y allí experimentaron un calor abrasador, porque no había en ella un árbol ni ninguna de las plantas que la tierra produce. Llegada la tarde, pasaron la noche a orillas del río Ameles, de cuyas aguas es preciso que las almas beban cierta cantidad. A medida que la beben lo van olvidando todo. Hacia la medianoche retumbó el trueno en los ámbitos del cielo y las almas, despertadas del sueño en que yacían, fueron lanzadas del firmamento como estrellas en todas direcciones a los puntos en que debía efectuarse su nacimiento terrestre. En cuanto a él—decía Er,—se le había impedido beber agua del río. Sin embargo, no recordaba cómo se había reunido su alma con su cuerpo.

—Este mito, mi querido Glauco, termina Sócrates, ha sido rescatado del olvido, y si en él ponemos fe es muy propio para evitar nuestra propia pérdida. Pasaremos con felicidad el Leteo, y conservaremos nuestras

almas libres de toda mancha. Por tanto, si quieres creerme, convencidos de que nuestra alma es inmortal, y de que es capaz, por su naturaleza, tanto de todos los bienes como de todos los males, marcharemos siempre por la ruta ascendente y nos ceñiremos con todas nuestras fuerzas a la práctica de la justicia y del bien. Procediendo de esta suerte, viviremos en paz con nosotros mismos y con los dioses; y después de haber recibido en la tierra el premio destinado a la virtud, semejantes a atletas victoriosos conducidos en triunfo, seremos felices aquí abajo y durante ese viaje milenario, cuya descripción hemos hecho.

Es hondo el sentido moral que encontramos en este relato. Se acredita asimismo en él una vez más la poderosa fantasía de Platón y se deja ver la influencia de las doctrinas órfico-pitagóricas a que hicimos referencia en el capítulo primero. Hay algo también ahí de una «divina comedia» en embrión.

* * *

En la descripción que hace de lo que es un filósofo podemos encontrar confirmados algunos de los valores morales que más estimaba Platón (1).

El filósofo ama con pasión la ciencia que lo conduce a conocer lo esencial, lo eterno e inmutable de las cosas, lo inaccesible a las vicisitudes de la generación y corrupción. Abomina de lo falso y nunca da asilo a la

(1) República. Libro VI.

mentira en su alma. Es temperante, lleno de moderación y desinteresado, porque las riquezas materiales no tienen ningún atractivo para él. No admite bajezas de pensamiento. La pequeñez de las ideas pugna con un alma que aspira a comprender en su universalidad y en su armonía todas las cosas divinas y humanas. El filósofo no teme a la muerte. Un corazón cobarde y ruin no tendrá nunca comercio alguno con la verdadera filosofía.

Pervierte el alma y la aparta de la especulación filosófica todo aquello que los hombres consideran ordinariamente como bienes: la belleza sensual, las riquezas, la fuerza corporal, las alianzas, y todas las demás ventajas de análoga naturaleza que procuran predominio y poder. Las multitudes buscan estas cosas y los falsos conductores que las alagan también las buscan. La multitud no puede elevarse a la región de las esencias. Es imposible que admita y conciba el principio de que lo bello es uno y distinto del cúmulo de las cosas bellas. Por consiguiente, no cabe pedir que el pueblo sea filósofo y es inevitable igualmente que los filósofos no sean del gusto del pueblo.

En los rasgos morales de la silueta que precede hay algo de la *sófrosine*. A investigar este estado de alma, especie de bienaventuranza griega, ha dedicado Platón un diálogo (1) que, si bien no llega a conclusiones claras, es en cambio ameno y no poco picante.

(1) *Carmides*.

Carmides es un joven de belleza hechicera que atrae todas las miradas. Nuestro conocido Kerefón dice: «Carmides tiene un cuerpo tan bello que uno no mira su cara cuando se desnuda. — Lo presentáis como absolutamente irresistible, replica Sócrates. Esperemos que posea otra cosa todavía, una simple bagatela en verdad: un alma tan bien conformada como su cuerpo».

Cricias alaba el sentido filosófico y los talentos poéticos de Carmides, su joven pariente. Con tal motivo, recuerda un dolor de cabeza que Carmides sufre de ordinario al despertar. Carmides, que se había mantenido alejado de los interlocutores, se acerca en este momento. Su proximidad produce viva sensación. Todos se agitan en el hemiciclo, porque cada cual quisiera tenerlo por vecino. Sócrates mismo se siente perturbado. Un adolescente bello o agraciado producía en los griegos de ese siglo la misma impresión que a nosotros los modernos nos causa una mujer bella o simpática.

—¿Conoces tú algún remedio contra los dolores de cabeza?—le preguntan a Sócrates.

Este responde afirmativamente. Consiste en una hoja cuyas cualidades le reveló un médico tracio, pero que no tiene eficacia sino acompañada de una palabra mágica. El secreto está en que el alma debe ser tratada al mismo tiempo que el cuerpo, porque la salud de cada parte depende de la salud del conjunto. Las palabras mágicas que obran sobre el alma son los discursos que producen la *sofrosine*.

Se le pregunta a Carmides si participa ya de esta

virtud. El joven se ruboriza, lo que le torna aún más hermoso, y se declara incapaz de contestar a tal pregunta. Con este motivo se entra a buscar la connotación del concepto de *sofrosine*. Etimológicamente equivale a «salud psíquica» (1). Prudencia, moderación, sobriedad, modestia, dominio de sí mismo son elementos que integran la *sofrosine*. Carmides, por último, ni afirma ni niega que la posea, pero piensa que siempre tendrá gran necesidad de las palabras mágicas de Sócrates.

• • •

De la justicia se ocupan más particularmente que otros diálogos la República, las Leyes, y Gorgias. La primera, la obra maestra de Platón, forma en lo esencial un tratado ético-político, que aborda a la vez los temas más fundamentales de la filosofía. La segunda, como su nombre lo indica, es un ensayo de legislación universal, cuyas leyes van siempre acompañadas de preámbulos morales. El Gorgias, en contra de lo que se espera por su subtítulo «o de la retórica», constituye más bien un ataque a la retórica y un cántico a la justicia, a la temperancia, al valor y otras virtudes.

La forma de diálogo de sus composiciones permite a Platón comparar y confrontar las opiniones más diversas para sacar la luz que desea.

(1) El término correspondiente en alemán es *Heilsinnigkeit*.

La justicia, expresan unos, consiste en que cada cual haga lo que debe hacer y tenga lo que debe tener. Otros agregan que ella estriba en no engañar ni defraudar a los demás, o sea, en decir la verdad y pagar sus deudas.

—¿Pero no consistirá, replican algunos, en hacer bien a los amigos y mal a los enemigos?

—De ninguna manera, se contesta, el hombre justo no debe perjudicar a nadie, ni aun a sus enemigos.

Espíritus violentos sostienen que la justicia no es otra cosa que la ley del más fuerte. Los hombres censuran la injusticia, no porque les repugne cometerla, sino porque temen ser víctimas de ella. Lo que se suele llamar justicia no es más que una sublime ingenuidad y la condición opuesta no es maldad sino discreción. Conocida es la leyenda de Giges. Este era un pastor de Lidia, que tuvo la suerte de encontrar un anillo que lo hacía invisible. Explotando el poder de la joya mató al rey de su país, se casó con la reina y ocupó el trono. ¿Qué harían todos los hombres que dispusieran de un anillo semejante? Se entregarían a la satisfacción de sus pasiones y caprichos, sacrificando a los demás, sin importarles un ardite la justicia.

Sobre las olas revueltas de estas palabras desapacibles se alza el credo socrático-platónico con la fuerza de la fe en la justicia. Se debe obrar justamente, dice el filósofo, sea que a uno lo vean o no lo vean los dioses. Tener segura la impunidad no limpia el corazón de la mancha de la injusticia. Esta es siempre el más gran-

de de los males. Preferible es sufrirla a cometerla. El hombre injusto es desgraciado en todo caso y lo es más aun si no expía su culpa, recibiendo el castigo correspondiente ⁽¹⁾.

La adecuada organización del Estado reviste importancia fundamental para que florezca la justicia. Elogia Platón el gobierno aristocrático como el mejor de todos. Luego veremos de qué aristocracia se trata. Cuando la aristocracia degenera en oligarquía los ricos mandan y los pobres no tienen ninguna parte en el poder. Pero llega un momento en que éstos se dan cuenta de que son explotados por los ricos y de que el poder y fortuna de la clase dominante provienen de la explotación y cobardía de la clase dominada. Entonces los pobres se sublevan, matan a los más de los ricos, ponen en fuga a los sobrevivientes y se establece la democracia. Los pobres se reparten entre ellos los despojos de los vencidos y asumen los cargos públicos, cuya distribución en esta especie de gobierno se hace generalmente por sorteo.

Al demócrata todos los deseos le parecen igualmente lícitos. No vayáis a decirle que sólo algunos merecen ser satisfechos y que otros deben ser sofocados enérgicamente. Huelga esta distinción, porque con el nuevo régimen todas las nociones de moral quedan derribadas. El desorden es decorado con el seductor nombre de libertad, el impudor con el de virilidad. El moderado

(1) República. Libro I y II.

pasa por débil y el temor religioso por ingenuidad. Toda nobleza de carácter es proscrita de la vida ciudadana. Se alaba y se colma de honores a gobernantes que son simples gobernados, mientras que éstos tienen todas las ínfulas de gobernantes. Los padres se acostumbran a tratar a sus hijos como iguales y hasta llegan a temerles. Los hijos no tienen ningún respeto por sus padres. El maestro teme también a sus discípulos y los adula. Estos se mofan de sus maestros. Los jóvenes atropellan a los viejos y éstos imitan hasta donde pueden las maneras de la gente moza y afectan un tono ligero y cierta frivolidad espiritual. Los ciudadanos, en general, llegan a no considerar para nada las leyes escritas o no escritas y a no obedecer a nadie. La libertad se ha convertido en licencia. Pero un exceso conduce al exceso contrario y la irrefrenada libertad trae necesariamente, tanto para el Estado como para el individuo, el yugo de alguna forma de servidumbre. De este gobierno joven y hermoso nace la tiranía».

El tirano, que sale generalmente de los que se llaman a sí mismos protectores del pueblo, principia por halagar y servir a la muchedumbre; pero luego persigue y extermina sin piedad a sus enemigos. Se rodea de una guardia de confianza asegurada por medio de una buena paga. Busca si es preciso la guerra exterior para distraer a los ciudadanos de los problemas de la política interna y hacerles sentir la necesidad de un caudillo. La naturaleza del poder que ejerce obliga al tirano a ser cada día más pérfido y más injusto. No puede

contar con verdaderos amigos. Es impío y aloja en su alma todos los vicios. Intimamente es el más desventurado de los hombres y hace que así sean cuantos conviven con él. Es esclavo de sus pasiones y de los peores hombres, a quienes debe halagar para asegurar su adhesión.

Lo dicho comprueba, volviéndose a la otra faz del cuadro, lo que ya hemos expresado de que el hombre justo es al mismo tiempo el más feliz. «A quien sostuviera lo contrario le contestaríamos, agrega el filósofo en su lenguaje alegórico, que ello equivaldría a afirmar que al hombre le es ventajoso alimentar el monstruo de varias cabezas que lleva en su seno. Decir al revés que es conveniente y útil ser justo ¿no equivale a declarar que el hombre debe esforzarse por alcanzar el mayor dominio de sí mismo a fin de que el monstruo de las pasiones no lo devore? ¿Por qué razón se ha condenado siempre la vida licenciosa si no es porque el libertinaje suelta la brida a ese monstruo enorme y terrible de varias cabezas? ¿Por qué se condenan la arrogancia y la ira si no es porque despiertan y fortifican en el hombre los instintos del león y de la serpiente? ¿No se censura la vida voluptuosa y muelle por que enerva el carácter del hombre y lo torna cobarde? ¿Y no se condenan también la práctica de la adulación y la bajeza y la sed de bienes materiales porque deprimen asimismo el carácter y cambian al león en mono?» (1).

(1) República.--Libros VIII y IX.

Si no hay estado más desventurado que el sometido a un tirano no lo hay más feliz que el regido por un rey, dentro de una aristocracia de hombres de elite se entiende, y no olvidando aquello de que no habrá bienestar «mientras los reyes no sean filósofos o los filósofos no sean reyes» (1).

Hemos mencionado anteriormente a la clase de hombres escogidos de donde salen los guardianes del Estado. Dice Platón con acierto que los trastornos políticos provienen de los males que acarrean la pobreza y la opulencia. Sin embargo, el comunismo de su república no es una institución general sino que se refiere únicamente a la clase de los guardianes. A éstos se les prohíbe la propiedad privada y la existencia en el círculo de familias particulares. Las mujeres son comunes. Los hijos también. Los niños no conocen a sus padres ni los hombres a sus hijos. Todas las personas de la misma edad más o menos deben considerarse hermanos, mirar como padres a los hombres de la generación anterior y como hijos a los de la posterior.

En las *Leyes* desaparece aún el comunismo de la clase superior. La mujer pasa a ser esposa y madre dentro de matrimonios individuales. Se estatuye la moralidad más absoluta en las relaciones amorosas. El celibato se pena con impuestos para que se vea que no es un estado muy cómodo. El hombre no debe tener trato carnal sino con la mujer legítima o con una con-

(1) República.—Libro VIII.

cubina reconocida como tal bajo ciertas fórmulas legales (1). Los matrimonios jóvenes que se llevaran mal debían ser visitados por matronas que los indujeran a enmendarse, ya sea empleando la persuasión o las amenazas. Estas podían convertirse en acusación a la autoridad pública, en la prohibición de asistir a ciertas festividades sociales de donde cualquiera podía expulsarlos a golpes, o en la exposición de los nombres de los culpables en las esquinas de la ciudad (2). Convengamos en que esta última sanción platónica ha tenido la suerte de una implantación universal, si no al pie de la letra, en una forma muy parecida. No hay hasta nuestros días comidilla más sabrosa que los comentarios sobre desavenencias y rupturas matrimoniales, siempre acompañados de censuras para los culpables, influyendo mucho en la determinación de la culpabilidad el sexo de los comentadorès.

Para que haya disciplina en la administración pública las leyes platónicas establecen que el magistrado que acepte presentes en el desempeño de su cargo será condenado a muerte, aunque haya incurrido en esa falta una sola vez (3).

En amparo de la justicia, Platón es severísimo también con los malos abogados. Lo mejor sería que de éstos no hubiera ningún ejemplar en la república, pero es una peste que no se puede evitar. No queda más

(1) *Leyes*.—Libro VIII.

(2) *Leyes*.—Libro VI.

(3) *Leyes*.—Libro XII.

que tomar precauciones. A los que se les pruebe que han tratado de torcer la ley por avaricia o con artes curialescas se les expulsará del país si son extranjeros; se les suspenderá en el ejercicio de su profesión si son nacionales y, si reinciden, se les condenará a muerte (1).

En resguardo de las instituciones «será condenado a muerte asimismo.—siempre que se le pruebe su propósito ante la justicia,—el ciudadano que, habiendo sido comisionado para viajar por el extranjero, quisiera a su vuelta introducir cambios en la educación y en las leyes (2).

Se ve que Platón no tenía el concepto moderno del progreso. No digamos nada de la tolerancia, virtud tan notablemente eclipsada en nuestra época, con excepción de señalados países, que apenas se le puede formular un reproche al respecto a Platón. Como hemos podido observar ya en párrafos anteriores y lo confirmaremos más adelante, es otro el progreso que interesa al gran filósofo: es el que se refiere a la elevación de las almas.

• • •

Para el logro de esta ascensión espiritual es una potencia muy importante el amor. En dos deliciosos diálogos se ha ocupado principalmente Platón del sentimiento que todo lo puede: son el Banquete y Fe-

(1) *Leyes*.—Libro XI.

(2) *Leyes*.—Libro XII.

dro; pero mientras que en el primero desfila casi toda suerte de amor, en el segundo se trata sólo del amor de los hombres a los jóvenes, pretendiendo elevarlo sí, por momentos a regiones divinas.

Generalmente se habla, y no sin razón, de las sublimes lucubraciones del Banquete. En verdad no faltan en él elevadísimas disertaciones, pero esa bella composición es ante todo una gran creación dramática con rasgos de un realismo estupendo.

Eriximaco, uno de los comensales, hace ver que han bebido mucho el día anterior y propone, para no caer de nuevo en excesos, pasar la noche haciendo discursos. Sugiere que el tema sea el elogio del amor. Todos hablarán por turno sobre el dios ciego.

Pausanias y Fedro abordan primeramente el escabroso tema del amor de los hombres a los jóvenes, del llamado más tarde «amor griego», y con sutilezas que nos cuesta mucho entender, lo colman de alabanzas.

Fedro afirma que no hay bien superior al amor tanto para el amante como para el amado. El amor impide que los que se aman incurran en acciones indignas y sean cobardes, por lo menos en presencia de la persona amada. Un ejército formado de amantes y de bien amados sería capaz de los mayores sacrificios, invencible, y consecuentemente, la mejor garantía para la conservación de la ciudad. Sólo los que aman son capaces de morir por otro. Así Aquiles, a pesar de la amenaza de muerte que se cernía sobre él si mataba a Héc-

tor, no trepidó en hacerlo para vengar a Patroclo, su amante.

Confirma Pausanias el elogio de Fedro siempre que se trate de un amor depurado que tenga en vista la rectitud y la belleza. Es feo acordar sus favores a un hombre sin méritos, pero es hermoso entregarse a un hombre de valor, teniendo por fin la virtud y el perfeccionamiento mutuo. Amores de esta clase engendran el heroísmo. Los tiranos han experimentado sus consecuencias. Aristogitón y Harmodio, unidos por el amor, procedieron juntos a derribar a los Pisistrátidas.

Nosotros no podemos concebir que semejantes relaciones entre hombres y jóvenes, que con razón están catalogadas ya desde hace tiempo como aberraciones sexuales, pudieran dar lugar a las virtudes de que hablan los personajes citados. Sería un problema relativo a la psique griega de aquella época averiguar hasta que punto las cosas pasaron de esa manera efectivamente. De inmediato, vamos a encontrar más de una contradicción al respecto.

En el otro diálogo a que hemos aludido al comienzo de esta parte, Fedro, llamado así por el nombre del comensal del banquete que acaba de hablar y que es uno de sus interlocutores principales, se plantea el mismo asunto. Por este motivo, nos vamos a apartar del Banquete por un momento para seguir con el tema que nos va a deparar sorpresas muy sabrosas.

La cuestión se inicia desde un punto de vista que no puede ser para nosotros más extraño y hasta diríamos

desvergonzado. Fedro y Sócrates se van a leer a orillas del Ilisos un discurso de Lysias, cuyo tema es que vale más conceder sus favores a un solicitante sin amor que a un amante. La terneza del amante, se arguye, es efímera. El amor no es otra cosa que una enfermedad del alma. ¿Cómo confiarse a un enfermo? El número de los amantes es limitado, de suerte que no hay mucho donde elegir, mientras que los pretendientes sin amor forman legión. Nada hay más indiscreto por otra parte, ni más perjudicial a la buena reputación que un amante.

Fedro y Sócrates han escuchado encantados el discurso y el segundo agrega nuevas razones en contra de los amantes. El amante quiere someter a su amado a sus caprichos y suprimir en él toda forma de superioridad. Lo apartará de la filosofía por temor de pasar a ser el mismo objeto de desprecio para su amado. Perjudicial al alma del amado, el amante lo es igualmente para el cuerpo, porque lo tornará afeminado y extraño a los trabajos viriles. Será también funesto para sus intereses porque, a fin de tenerlo a su disposición, lo querrá sin padre, sin fortuna, sin mujer y sin hijos. Termina Sócrates diciendo que en el comercio con el hombre sin amor se encuentran tantas ventajas como inconvenientes presenta el amante.

No cabe mayor contradicción entre lo que han dicho Fedro y Pausanias en el Banquete y lo que Fedro ha aceptado y Sócrates ha dicho ahora. Nada tendríamos que observar a la requisitoria de Sócrates contra

los amantes, sino aprobarla; más él mismo la desvirtuará en el elogio que va a hacer del amor.

A tiempo de volver a la ciudad con Fedro, Sócrates se arrepiente de haber hablado en contra del amor. Teme haber ofendido a Eros y, para desagraviarlo, se propone cantar la palinodia. No hay razón, dice, para desdeñar a un amante apasionado bajo pretexto de que se encuentra en delirio. Cuando éste es enviado por los dioses procura a los hombres los más grandes bienes. Así lo prueban el arte augural, los ritos expiatorios, la poesía, las pitonisas, circunstancias todas en que el espíritu se manifiesta poseído de delirio. Pero el más divino de los delirios es el del amor.

El alma inmortal ha contemplado alguna vez en la divina esfera de las esencias la justicia en sí, la belleza en sí, la sabiduría en sí, la temperancia en sí. Para el alma que en sus peregrinaciones milenarias ha vuelto a la tierra, la reminiscencia de la justicia, de la temperancia y de los demás bienes celestes contemplados antes por ella se le presenta con rasgos opacos y borrosos. En cambio la belleza goza entre todas las esencias del privilegio de ser más visible y más encantadora. A la vista de la belleza terrestre se despierta en el alma el recuerdo de la belleza esencial y trata de aprehenderla. Tal es el delirio del amor que experimenta un amante por un joven amado. Al alma que ama la atormenta una mezcla de dolor y de gozo. Su frenesí le impide dormir de noche y estar tranquila de día. No quiere apartarse del bello amigo que la ha enca-

denado y lo pone por encima de todo. No lo atormenta con los celos, ejerce la más feliz influencia sobre él y lo concibe perfecto como un dios.

Pero el alma humana es como un tiro de dos caballos manejados por un cochero alado. Uno de los corceles es de noble raza, temperante y dócil a la rienda. El otro es ordinario, violento, apasionado y sensual. La tarea del cochero suele ser difícil. A la vista del ser amado el cochero y el caballo de buena raza se sienten poseídos de una inquietud mortificante, pero, oyendo las voces del pudor, dominan sus impulsos. Mas el otro caballo, arrebatado, pugna violentamente por que se entreguen con el bien amado a los placeres de Afrodita. El cochero y el buen caballo están a punto de ceder en los primeros instantes. Luego a la vista resplandeciente del joven se aviva la memoria del cochero y se le aparecen la esencia de la belleza y la temperancia juntas de pie sobre un pedestal sagrado. Cogido de estupor ante esta visión, el cochero tira violentamente las riendas hasta sentar a los caballos sobre sus cuartos traseros. Desde este momento el alma del amante seguirá al joven con respeto y temor.

El joven que se ve objeto de toda clase de cuidados y honrado como un dios por un amante verdaderamente enamorado siente que tal afecto es superior a cualquier otro y se deja arrebatarse por él. Tanto el alma del amante como la del amado experimentan la dulzura de un brotar de alas. Estando juntos los amantes olvidan sus tormentos y se añoran mutuamente en la ausen-

cia. Desean verse, tocarse, besarse y acostarse juntos. Naturalmente no tardan en hacer esto. El caballo lascivo del amante quiere el placer. El caballo del joven, henchido de vagos deseos, no dice nada en contra, y se siente presto a concederle sus favores al amante si se los pide, pero los cocheros se oponen en nombre del pudor y de la razón.

Triunfando así los elementos superiores del alma, pasan a llevar los amantes una vida de unión y de felicidad, dentro del orden y del cultivo de la filosofía. Dueños de sí mismos, reprimen en su ser el nacimiento del vicio y dan expansión a la virtud. Al dejar este mundo sus almas recobran sus alas y entran a gozar de los mayores bienes a que puede aspirar el hombre.

Pero si los amantes han abrazado una vida grosera, en que la filosofía no ha tenido ninguna parte, ocurrirá que los caballos intemperantes los arrastrarán a satisfacer sus deseos. Después de complacer su brutalidad estos amantes permanecen también amigos, pero menos estrechamente unidos que los primeros. Comprenden que después de haberse dado tantas pruebas de cariño hasta entregarse mutuamente, sería impío romper tales lazos y llegar a odiarse. Al fin de sus vidas sus almas, sin alas todavía, son recompensadas, sin embargo, magníficamente por su delirio amoroso. Llevan esas almas una vida brillante y feliz viajando juntas, y cuando reciben sus alas las reciben juntas también en premio del amor que las ha unido.

Tal fué la palinodia que Sócrates entonó para desagrar a Eros.

Se ve que no ha sido tan mala la suerte reservada por el filósofo a los transgresores de la virtud. Los fue-ros del amor se extendían hasta una de sus formas, que, según queda dicho, nosotros miramos como una aberración.

Pero Platón se olvidó en sus últimos años de las hermosas filigranas en que había presentado envuelto este asunto, y en las *Leyes* declara que el amor de los hombres a los jóvenes es algo abominable⁽¹⁾.

Volvamos ahora al Banquete.

Le tocaba hablar a Aristófanes; pero Platón le hace una broma agudamente cómica. Lo pinta poseído de un hipo incontenible que no le permite hacer uso de la palabra.

Toma mientras tanto su turno Eriximaco, quien se muestra de acuerdo con Pausanias en que los favores del amor deben concederse a los hombres buenos. Así se realiza el amor uranio, celeste, inspirado por la musa Urania. Examina en seguida la acción del amor en la medicina, en la agricultura, en la meteorología, en la astronomía, en la gimnástica y en la música. Doquiera que hay armonía y ritmo cabe hablar de la magia del amor. Cuando las estaciones del año y los fenómenos meteorológicos se suceden dentro de la armonía de un amor tranquilo no resultan más que bienes para los

(1) *Leyes*. Libro VIII.

hombres, los animales y las plantas. Impera un amor violento y vienen las tempestades, las heladas, las sequías, las epidemias y toda clase de males. Los sacrificios a los dioses y la adivinación no tienen más objeto que mejorar las relaciones del amor. Cuando éste se emplea con moderación y justicia en obras buenas, tanto para nosotros como para los dioses, alcanza su más alta virtud y a él le debemos nuestra mayor felicidad.

A todo esto se le había pasado el hipo a Aristófanes y le correspondía hablar.

—Mi opinión es, dijo, que los hombres no se dan cuenta del poder del amor. Si lo supiesen le levantarían los templos más magníficos y le ofrecerían los más ricos sacrificios. Ese poder suyo proviene de su origen.

Para darlo a conocer desarrolla Aristófanes una fantástica teoría antropológica. Los seres humanos contaban, primitivamente, con cuatro piernas, cuatro brazos y dos caras. No andaban a la manera de los cuadrúpedos, sino erguidos como ahora, porque las cuatro piernas estaban juntas. Los órganos sexuales eran dobles también, pero algunos los tenían a la vez de uno y de otro sexo, de manera que había entre los hombres no dos sino tres géneros: masculino, femenino y andrógino. Era una raza fuerte y soberbia esta de la especie humana, que pretendió nada menos que atacar a los dioses y escalar el cielo, como lo habían proyectado antes los titanes. Zeus, furioso, podía haber exterminado a los hombres. Pero no quiso hacerlo. Tampoco le convenía llegar a ese extremo, porque los dioses se verían

privados de los honores y de las ofrendas que les tributaba la humanidad. Resolvió entonces dividir a los hombres en dos, partiéndolos de alto abajo, de suerte que en adelante tuvieran sólo dos piernas, dos brazos, una cara, etc. Así se les debilitaría, obteniéndose además la ventaja de que se aumentaba el número de la gente tributable. En caso de que aun con este castigo no se enmendaran los rebeldes mortales, dijo Zeus en consejo olímpico, les aplicaría una nueva bisección para que tuvieran que andar saltando en un pie. Apolo fué el encargado de arreglar las dificultades a que dió lugar la operación correctora. El divino artista recogió la piel por delante y la aglutinó en un nudo final que es el ombligo, destinado a servir a los hombres de recuerdo perpetuo de la sanción sufrida. Los pobres hombres desolados por la mitad que han perdido, suspiran por ella, se lanzan a buscarla y la abrazan en un afán de no separarse más cuando la encuentran o creen haberla encontrado. Según su constitución primitiva, unos quieren a seres de distinto sexo, otros no y van en este caso los hombres tras los hombres y las mujeres tras las mujeres. Este es el amor, la fuerza irresistible que mueve al hombre a buscar en una unión armónica la completación de su ser.

En seguida pronunció su elogio Agatón, el héroe de la fiesta, por que en su honor era el banquete. Dijo el poeta que, contra lo que había sostenido Fedro, el amor es el más joven de los dioses y permanece en eterna juventud. Prueba de ello es que huye de los viejos. El

amor es delicado. Até, hija de Zeus y diosa de la fatalidad, divinidad de pies livianos, no anda sobre la tierra sino sobre las cabezas de los hombres, a quienes perturba o hace padecer vértigos. El amor tampoco anda sobre la tierra, sino sobre algo más delicado aunque los cráneos, anda sobre los corazones, y no sobre cualquiera, porque huye de los corazones duros. El amor es ondulante y flexible. De aquí la gracia de su aspecto y su facilidad para colarse en las almas. El amor no comete injusticias y le es propia la mayor temperancia. El amor es valiente y comunica inteligencia e inspiración a los que lo sienten. «Por más extraño que haya sido antes a las Musas el enamorado se convierte en poeta». El amor hace que no nos miremos como extraños sino como hermanos. Bajo su ley nos juntamos en reuniones cual la presente. En las fiestas, en los coros y en los sacrificios es nuestro jefe. Es artista de humor fácil, que proscribe lo difícil, liberal en dones graciosos, incapaz de malas intenciones; para los sabios objeto de contemplación y para los dioses, de admiración; motivo de envidia para los que no lo poseen y tesoro precioso para los que lo gozan.

Después de este hermoso discurso interviene, por último Sócrates, quien principia por decir que hacer el elogio del amor no puede consistir, a su entender, sólo en decir flores para alabarlo. Lo importante en esta como en toda materia es decir la verdad. En una discusión previa con Agatón, principia por negar que el amor sea ni bello ni bueno, porque él se disloca, preci

samente, por estas cualidades y nadie persigue lo que ya tiene.

Manifiesta luego el filósofo que se limitará a repetir lo que sobre el amor le dijera Diotima, sacerdotisa de Mantinea. Ella fué la que lo hizo pensar en la forma que se acaba de ver. Como Sócrates le preguntara si no siendo el amor ni bello ni bueno era entonces, necesariamente, feo y malo, la sacerdotisa le repuso que no, como tampoco el no ser sabio implica ser ignorante. El carente de sabiduría puede ser, sin embargo, capaz de juicios rectos y acertados, lo que es ocupar un lugar intermedio entre la ignorancia y la sabiduría.

Con la falta de las cualidades indicadas el amor queda, por lo menos, fuera de la categoría de dios.

—¿Entonces es mortal?—preguntó Sócrates a Diotima.

—¡Ah no!, fué la respuesta; es también un ser intermedio, es un gran demonio. Su función consiste en traducir y transmitir a los dioses lo que piden los hombres y a los hombres lo que quieren los dioses. El dios por naturaleza no se mezcla con el hombre, pero una criatura demoníaca como el amor, permite que se establezcan relaciones entre uno y otro.

La naturaleza del travieso demonio se explica completamente por las circunstancias que lo trajeron al mundo. El día en que nació Afrodita los dioses se dieron un gran banquete en el Olimpo. Entre los invitados se contaba Expediente, hijo de la Sabiduría. A la puerta de la galería donde se celebraba el festín llegó

a mendigar la Pobreza. Después de los postres salió afuera Expediente, ebrio de néctar, y se quedó dormido en el jardín de Zeus. A la Pobreza le pareció una buena solución para su vida tener un hijo de Expediente y con este fin se acostó a su lado. Quedó, efectivamente, embarazada y dió a luz al Amor. Por haber sido engendrado el día del nacimiento de Afrodita, el Amor es su servidor. Lo es también porque Afrodita es bella y en la belleza cifra su objeto el Amor. Por su madre el Amor es pobre. En sí mismo no es bello ni delicado, como se lo figura ordinariamente el vulgo, sino rudo y ordinario, anda descalzo y duerme al reparo de las estrellas. Por su padre es viril, fecundo en invenciones y expedientes, diestro en la sofística, mago y hechicero para apoderarse de lo bello y de lo bueno.

Lo genuinamente propio del amor es su actividad creadora y fecundante en un afán insaciable de inmortalidad. La creación amorosa no se realiza plenamente más que en la belleza. Por más henchido que esté de savia creadora, el ser se retrae ante lo feo. En la unión perfecta del hombre y de la mujer, encontramos la fuente de una creación que tiene algo de divino y procura a los amantes una existencia inmortal por medio de su prole.

Hay fecundidad creadora en el orden corporal y en el orden espiritual. Esta última se realiza por medio del pensamiento y la practican los poetas y demás artistas, los inventores, los legisladores, los filósofos, los

educadores. A ellos les está reservada la insigne inmortalidad que procura la gloria.

El amor se depura y se eleva en una escala ascendente. Se principia por amar un cuerpo bello y luego se ama un alma bella. Ha de estimarse más la belleza del alma que la del cuerpo. En seguida se quiere a ocupaciones que se encuentran bellas, se ama a las ciencias hasta llegar a la ciencia suprema de lo que es bello en sí. «He aquí, querido Sócrates, había dicho la adivina de Mantinea, el punto en que vale para un hombre la pena de vivir cuando contempla la belleza en sí misma, como esencia inalterable y eterna».

«En lo que a mí concierne, concluyó Sócrates, estoy convencido de que para alcanzar este gran bien no encontrará la naturaleza humana mejor auxiliar que el amor. Por esto hago tanto caso de cuanto dice relación con él».

Al ocuparnos de la teoría platónica de las ideas, hemos dicho como entendemos éstas que llama el filósofo esencias existentes por sí mismas y entre las cuales se encontraría la «belleza en sí» que acaba de marcar el pináculo de una gloriosa ascensión. En verdad no son más que abstracciones a que Platón como poeta ha dado corporeidad espiritual y cuya única realidad efectiva será la que les preste nuestro propio espíritu. La justicia, la bondad, la belleza y demás valores abstractos no pueden existir, fuera de su incorporación en obras materiales, sino como vivencias mantenidas al calor del alma humana.

Nos parece hermoso y sobre todo muy característico del platonismo, que la más alta finalidad del amor sea abrazar la belleza pura. Pero creemos que, aparte del afán de posesión, que es como la médula de este sentimiento, lo esencial en la naturaleza del verdadero amor consiste en la actitud de entregarse, en la dación de sí mismo. Darse a otra persona, el ser amado por antonomasia, darse a una obra, a la ciencia, al arte, a la filantropía, a la patria, a la humanidad: esto es amor y lo auténtico del estado amoroso es que el alma con el hecho de darse, en lugar de perder nada de sí, efectúe a la vez su propio enriquecimiento.

• • •

Para terminar.

El alma es en concepto de Platón lo que vale más después de los dioses y hay que saber honrarla. No se la honra procurándole riquezas ni honores ni aun conocimientos, y menos aun entregándola al placer, sino haciéndola mejor de lo que es. Consecuentemente ha podido decir el gran pensador a Glauco por boca de Sócrates: «Cuando se trata de ser virtuoso hay que librar una gran batalla, una batalla más grande de lo que se puede suponer. Ni la gloria, ni la riqueza, ni los honores, ni la poesía, en fin, merecen que abandonemos por ellos la justicia y las demás virtudes» (1).

(1) República. Libro X.